Las múltiples vidas de un hombre sin nombre

Angel Valbuena

Capítulo 1

¡Y así culmina otra de las increíbles aventuras del grandioso Capitán Nicotina! Espera, espera… ¿Acaso dije "culminar"? Verbo equivocado. Error mío: apenas van empezando como empieza la noche a hacer de las suyas en una ciudad tan ajetreada como esta.

Caracas, Madrid, Nueva York, llámala como quieras. Para mí todas son lo mismo y tengo la impresión de que mi amigo, el Capitán Nicotina, está de acuerdo con tan modesta opinión mía, esta que te dejo, lector, en estas páginas.

Entiendo, de antemano, la serie de preguntas que empiezan a eclosionar en tu cabeza, amigo lector, desde el momento en que deslizaste tu curiosidad de infante sobre las negras manchas que simulan ser escritura alguna.

No, no soy escritor, ni por hobby ni de profesión. Solo soy otro observador más, de tantos-muchos que hay en esta tierra infestada por la decadencia, el miedo y un hambre por el lavado cerebral.

El Capitán Nicotina, lo juro, estaría totalmente de acuerdo con esto también. Estoy casi seguro que compartimos muchas de mis opiniones así que, lo aclaro por antelación, para evitarme repetir una y otra vez una cosa que, creo, no querrás leer una y otra vez también.

Volviendo a lo mío, a lo nuestro, a tus preguntas, me tomaré la libertad de requisar un segundo de tu tiempo y preguntarte, antes, respecto a tu propia curiosidad.

Dime: ¿qué esperas hallar entre líneas?

¿Qué buscas realmente entre las notas de este observador cuasi anónimo?

No es que trate de estropear o interrumpir tu búsqueda, es para menos. Solo se trata de una de las tantas cosas que suelo preguntarle a mi compañero de aventuras nocturnas, oh, grandilocuente Capitán Nicotina, respecto a la búsqueda en sí misma. Porque todos buscamos algo y es, precisamente, algo lo que debemos encontrar.

Entonces pregunto: ¿de qué se trata? ¿De qué va?

Si empiezo a confundirte, amigo lector, te pido que me perdones, pero no tengo tiempo para los pensamientos diminutos. No es fácil sumirte en la tarea, difícil tarea, de observar, de estarse quieto en el sitio y verlo todo caminar, cuesta arriba, mientras se cae a pedazos sobre sus propios pies.

Desde aquí lo veo, debo hacerlo, tengo que, no hay de otra. Si fuese por cuestión de decidir, de tomar la opción por cuenta propia y limpiarme el culo con aquellas que no tienen buena pinta, entonces estaría allá abajo, lejos de esta habitación, plantado en la vigilia nocturna junto al mismísimo Capitán Nicotina.

Si mi reloj no miente, la vigilia lleva ya unos cinco minutos. Al otro lado del telescopio, allá lejos, a mitad de la vereda, el Capitán Nicotina cubre, muy diligentemente, su puesto de observación del desastre.

Al menos, esa ha sido la constante idea, la imperecedera noción que, aquel hombre anónimo, al igual que su servidor, saca a relucir a simple vista. Porque todos los observadores se parecen entre sí, así que (¿y por qué no?) deberíamos ser capaces de reconocernos, de no contrariarnos, de no invadirnos.

Al igual que sucede conmigo, su reloj está diseñado y programado, su horario y su acción son impecables, su misión es igual de importante. Cubre su zona a la hora prudente, a la hora en punto, a la hora ciega. Entonces se queda ahí, parado entre la luz de un poste y la pesada oscuridad, con su cajetilla de cigarros siempre en posición de ataque y sus cerillos en la retaguardia.

Y, uno a uno, los ayudantes le hacen compañía. Uno a uno, engulle, bocanada tras bocanada, cada pitillo de tabaco, cubriendo los alrededores con su niebla protectora para evitarse el ser visto.

He ahí a mi compañero, a mi amigo de las horas erradas, oh, grandioso Capitán Nicotina.

Capítulo 2

CUADERNO DE NOTAS

"Los observadores somos lo que somos

porque estamos donde estamos"

Eustace Defoe

Bitácora de observación de "Molière"

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: 'Observación'

Me ha tocado salir al mundo exterior por cosa de un descuido. Esto de ser olvidadizo y anotarlo todo no parece funcionar tan bien como había estado pensando, sobre todo cuando olvidas qué notas son las que debes leer y cuáles no hay que revisar. Entonces se agotan los lápices, los cuadernos, los borradores. Se agotan los bolígrafos, los correctores, el tiempo y la paciencia.

Volviendo a mi labor, luego de perder preciados minutos en la enfermiza y vasta realidad exterior, me sitúo en mi puesto de trabajo, despejo un poco el escritorio para hacerme un espacio prudente y continuar estas líneas de observación, pues, nadie las hará por mí.

¿Cuál es la finalidad? Nadie lo sabe. Nadie lo sabrá. Los observadores nos preguntamos mucho esta cuestión pues, esperamos saber, revelar, el

propósito superior de tan pesada misión.

Si nadie más lo puede hacer, es cosa de algún hecho cósmico, alguna verdad a medio revelar o algún misterio de evidencia notoria que, de alguna manera, todavía ignoramos, aunque se pose desnudo ante nuestras narices.

Creo que esa es la cuestión primordial acá sobre el asunto de la observación: los observadores podemos notar casi cualquier cosa. Unos más que otros, evidentemente, porque no todos tienen la misma misión, aunque, en sí misma, lo sea.

Es decir, yo, en mi zona de cuidado, un amplio horizonte urbanizado, bien podría identificar cualquier sujeto o cosa que no pertenezca, pues, he memorizado cada espacio, cada detalle y cada persona con tal de ejecutar un estado preciso de mi objetivo.

Pero ¿por qué solo observar? ¿A qué se debe este intrincado deseo de estar en todas partes sin siquiera estar en ningún lado? Esa es una de las preguntas prohibidas que suelo, cuaderno a cuaderno, traer a colación en algún momento. Esta vez me he atrevido a iniciar estas nuevas páginas con este percance.

Quizá se trate de una herencia genética, cosa que creo con toda convicción pues mi padre, el viejo Augustus Defoe, fue en sus días un gran observador.

De él heredé, no solo la misión, sino también la oficina y una entera colección de notas que he leído desde que comprendí lo que en ellas podía encontrar.

Mi viejo me dijo, en más de una ocasión, que esta cueva nunca sería mía, que me sacara de la cabeza la idea de ser como él pues, según su propia creencia, era un mérito que se otorgaba desde el momento previo a la concepción misma del ser.

Al final, entre una cosa y otra, ni bien sucumbió, me mudé con todas mis pertenencias a este piso olvidado, me enfrasqué en las infinitas posibilidades que se me habían sembrado en la cabeza, de manera súbita, desde el momento mismo en que, con la conciencia despierta, un impulso me obligó a sentarme tras el telescopio.

Ahí comenzó todo, aunque esta sea la primera vez que hablo de ello, del inicio de mi inicio.

Así me volví un observador. Y quizá se trate de un algo que dejó mi padre

atrás, al morir tan repentinamente, siendo él un hombre tan sano.

Quizá él tenía cierta razón y yo tengo un poco de la mía. Lo heredé de la mano de un poder superior, uno que lo arrancó de la existencia para sentarme a mí en su lugar. Un cargo del que, algún día, tendré que separarme, pero todavía no tengo hijo alguno.

Y es que es un asunto complicado, esto de tener hijos.

¿En qué momento un observador tiene tiempo de pausar lo que es para buscarse una mujer de cintura apretada para poder, luego, llevarla a la cama?

Sigo pensando que, en cuestiones físicas, pierdo menos tiempo y esfuerzo con una buena masturbada en la temprana noche o durante la hora ciega porque, a veces, tengo compañía.

A veces es más de uno el que veo, a través del telescopio, compartiendo la misma idea que yo. Y los veo masturbarse y me masturbo con ellos. Con eso cubro la cuota de participación social y liberación sexual. Dos pájaros de un tiro.

Aunque, a veces, somos todavía más. Y otras veces son las mujeres las que, con juguetes coloridos, me incitan a participar. Pero solo miro y toco nada, para que no se enojen, pero me masturbo igual.

La hora, la que siempre se me ha dicho que no debo anotar, insiste en claudicarme permisos previos al anochecer. Esa es nuestra rivalidad latente la que, de maneras turbias, insiste en arrebatarme la cena de las manos por no haberla hecho con anterioridad.

Y todo por culpa de andar tomando notas a deshoras, por andar haciendo las preguntas inadecuadas cuando debería, por millonésima vez, arrastrarme tras el telescopio y observar, con total atención, cómo ocurre lo que ocurre en el mundo exterior, cómo se desgasta la vida y cómo se ahorcan las horas mientras el hombre, en su afán por el progreso, parece involucionar por placer, por sufrimiento…

Recordatorio: reorganizar los cuadernos en otro espacio.

Recordatorio 2: comprar otro estante para los cuadernos.

Capítulo 3

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: ‘Irregularidad’

Callemos las palabras que deben ser calladas y otorguémosle silencio al más cuerdo de los pensamientos. Quizá esa sea una de las más impetuosas de todas las aclaratorias que, jamás, nadie se atrevería a decir a vox populi.

Cosas del vulgo, supongo yo.

Lo que importa, y debería importar siempre, desde que el hombre ha sido hombre, es defender toda buena corriente, todo buen pensamiento, toda buena fuente de ideas que alcancen, desde una perspectiva un tanto atractiva, para nada manipuladora ni engañosa, a motivar a los pensadores a pensar y compartir sus pensamientos con el resto.

Pero el mundo piensa muy distinto y lo importante es lo que no importa. Los observadores tenemos que lidiar con esa clase de irregularidades, tenemos que lidiar también con una sarta de preguntas imbéciles que, frecuentemente, provienen de individuos igualmente imbéciles, a veces más.

Entonces quedamos haciéndonos las preguntas fastidiosas. Quedamos, como obsesionados, con una respuesta perecedera, una que solo abarca lo que puede antes de verse fragmentada y, luego, desplazada.

Y las vemos morir ante nuestros ojos, como vagabundos sin gloria, como perros callejeros adoptados por el abandono, por el desprecio y la completa ignorancia. Porque, al igual que a los observadores, los ignoran.

Y ser ignorado es una respuesta clara, evidente y fácil de precisar: no caemos ante la presión social, ante el modismo, ante la tajante banalidad que supera el orgullo del hombre.

Alimentamos pájaros muertos.

Eso hacemos mientras incitamos a las modas a seguir siéndolo. Lo hacemos mientras promovemos la máxima algarabía y festejo a los cerebros vacíos, a las mentes verdaderamente lunáticas que, con aires ególatras e ínfulas tan ridículas como sus propios nombres, se hacen llamar estrellas, artistas, talentos, ejemplos para el mañana.

Malditos pedantes. Todos y cada uno de ellos.

Entonces notamos, los que permanecemos despiertos a la intemperie, que la irregularidad es la ley, es la norma, es lo normal.

Aquel que prevalece con los ojos abiertos, con la mente despierta y las ideas atiborradas de conocimiento perpetuo, son llamados locos, lunáticos, irregulares. Son socialmente castrados, atacados, perseguidos.

La cacería de brujas en pleno apogeo es, para los pedantes, la resolución al problema de las mentes complejas.

Planteemos un ejemplo de irregularidad, uno que se gestó hace un par de días y que, desde entonces, no ha parado de llamar mi atención por completo.

La oficina está ubicada en uno de los bulevares más concurridos de esta metrópolis inaudita. A pocas calles, como un adorno de muy mal gusto, existe un puente que permite atravesar el famoso río que da nombre a la ciudad.

No podemos perder de vista, nunca, el puente, querido lector, pues suele traernos, siempre, buenas nuevas desde la otra orilla.

Esta vez lo que nos ha traído no es más que una irregularidad, una leve falla en la matrix que, espero, sea corregida en prontitud.

Esta es la clase de cosas que los observadores debemos constatar en brevedad, o todo un sistema podría venirse abajo a causa de una irregularidad tan evidente.

En fin, volviendo al puente, hace dos noches pude notar, pude percibir, cómo de entre las sombras, a manera de manipulación, surgía un hombre que esperaba no ser visto. Actitud típica de un observador, pero tengo mis dudas respecto a ello.

Es una irregularidad, sin duda, pues no hay manera, según el orden establecido por los diarios de mi padre, que nadie, nunca, se pose, a medio andar, durante la hora ciega, en aquel esperpento serpentino.

Pero ahí estaba él, de pie, al borde de la penumbra, fumando como si nada.

Había tomado nota de él en ese momento, pero ya para hoy lo he constatado como una irregularidad constante.

¿Un posible observador?

Capítulo 4

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: ‘Ahora’

Se supone que, dentro de la premisa de observación, dentro de las horas de labor y las intenciones del que se queda atento ante el pasar del tiempo, ante el hacer de las cosas, el que observa debe pretenderse ajeno del mundo que vislumbra entre las horas perpetuas de su tan fugaz vida.

Existen controles dentro y fuera de nuestros propósitos de observación, es decir, el algo o el alguien, la cosa o entidad que nos situó, inamovibles, en un punto X de la geografía humana es el mismo que se sitúa FUERA de nuestros propósitos.

Aquel que nos corresponde ser desde DENTRO es el que se encarga de llevarse consigo las decisiones circunscritas en un manual imaginario, compartido, de mano en mano, por cada observador que, situado en cualquier espacio dentro de la geografía humana, sabrá qué y cómo hacer lo que, se supone, hará al colgarse el título de observador.

Hago mención abierta a este tema, así de súbito, simplemente porque a veces siento que necesito romper ciertos parámetros preexistentes, algunas reglas de oro y uno que otro subpárrafo ilegible inscrito entre líneas, simplemente porque me nace figurarme un posible del otro lado de la misión.

Llamémoslo así, a ver si entiendes, lector amigo, un poco de mi idea: soy como un figurativo fantasma que transcurre vidas paralelas de este y del

otro lado del telescopio.

Soy un hombre común que saca a pasear al perro a eso de las tres y cuarto de la tarde, que deambula por la calle principal de la mano de una mujer distinta una vez por semana, que secretamente se revuelca en la cama con el mismo hombre cada viernes, sin falta.

Todo eso y otras varias posibilidades han poblado las realidades que, muy imaginariamente, han transcurrido del otro lado del telescopio mientras me quedo, por defecto, acá, inmóvil, observando a mi otro yo, el posible, viviendo aquella otra realidad paralela que, estoy seguro, según la teoría de los universos múltiples, es posible o probable que dichas vidas existiesen.

Entonces el ahora de mi misión se ha visto, de vez en cuando, interrumpida por una comezón, a veces emocional, a veces curiosa, respecto a aquellas otras vidas vividas por otros tantos yo que, en su completa ignorancia del resto, siguen de largo por los senderos de su propia realidad y, quizá, ni siquiera se preguntan por sus otras vidas, por sus otros posibles, por sus otros más o menos agraciados, más o menos desgraciados.

Y es que solo saben observarse.

Estoy seguro que no logran levantar la mirada y observar lo que ocurre fuera, así como lo he venido haciendo desde hace tantos años. Entonces la pregunta sería otra y cada uno de ellos buscaría responderla.

¿Pero cuál sería la pregunta? ¿Cuál sería la respuesta? ¿Cuál sería la variante que diferenciaría a un Molière de otro?

¿Cuál sería la constante que mantenga, que alimente, una conexión prodigiosa e irrompible entre un Molière y el resto de ellos?

¿Cuál sería la vertiente que categorizaría y sub-categorizaría a los Molière de uno y otros universos para plantear una teoría del posible, una hipótesis para la multi-esencia y una manera de exponer los espejos del alma?

En cuestiones de temporalidad, aquello que llamamos presente quedaría terrible e irremediablemente disperso, fragmentado como un pedazo de cristal sobre una superficie lisa, inmóvil, reflejando imágenes estáticas de tiempos también estáticos que transcurren del otro lado de la línea física de su superficie, una línea difícil de cruzar, imposible, en todo caso.

¿A dónde habría de quedar, entonces, el ahora si nuestro ahora es una

cosa para cada uno de los que habitamos esta línea?

Pues yacemos dentro de un sistema que pareciera carecer de espejos para contrastarse, para observarse, para corregirse, para vislumbrarse un posible al otro lado de una puerta que, quizá, no cueste demasiado esfuerzo para abrir.

Capítulo 5

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: ‘Reinicio’

En su punto más alto yace la luna, como mirándome, mientras la miro a ella a través del telescopio.

De fondo, orquestando nuestro armónico encuentro, melodías francesas, ya olvidadas por el vulgo, le suscitan un concepto más romántico al asunto. Pero de romántico no tiene un carajo.

Calle arriba, a lo lejos, en medio de una humareda leve, llamativa, yace mi –ahora recurrente– visitante.

El puente es su raíz, su objetivo primario, su meta horaria. Mis ojos lo develan, dentro y fuera del concepto, porque sigo pensándole como un irregular, una falla repetitiva, una constante deplorable.

Entonces tomo nota, de nuevo, de sus acciones, de esas que parece no llevar a cabo nunca porque no hace nada en lo absoluto.

Solo está ahí. Permanece siempre ahí, quieto, a solas consigo mismo, a solas con sus cigarrillos, a solas con su pensamiento –si es que tiene alguno–.

Siempre viste de negro. Siempre llega, mira en torno a su presencia, se recuesta contra el concreto, requisa sus bolsillos en busca del cajetín, en busca de los cerillos, toma luego un cigarrillo entre los dedos, guarda de

nuevo el cajetín, rasga una, dos, tres veces el cerillo hasta que enciende, lo acerca a la punta del cigarrillo y sorbe de este con ligera calma.

Lo veo quieto, casi petrificado, luego de la primera bocanada de tabaco.

Me pregunto tantas cosas en ese instante. Me pregunto si él, al igual que yo, se estará planteando preguntas en ese mismo momento, en ese mismo intervalo de tiempo en que, desde la distancia, nuestras existencias se han cruzado.

¿Por qué se está solo en medio de la oscura noche? Se está solo, consigo mismo por compañía, así como me sucede a mí mientras llevo a cabo mi tarea, mientras llevo a cabo mi misión.

Desde la perspectiva del observador, él no representa más que una mancha móvil al otro lado del espectro de mi estatismo.

Desde la perspectiva de mi propio y humano ser, él luce tal como lucen varias de mis posibilidades, varias de aquellas que, en lo posible, carecen de remedio alguno para la vida.

¿También soy irremediable?

Es posible, muy posible.

Es probable, muy probable.

También es un quizá que no se puede ignorar porque, partiendo de la idea de los posibles, estoy cabalmente consciente de que soy el resultado de posible/probable devenido de alguno de aquellos tantos yo, también posibles, también probables.

Quizá sí sea irremediable.

Quizá éste objetivo, esta misión, no se trate de un acto enteramente divino, karmático, hereditario o como quieras llamarlo, si es que quieres llamarlo de alguna otra manera.

Y lo que digo cobra sentido –o al menos eso creo yo– por el simple hecho de romper las tácitas reglas de la observación, por el simple hecho de ponerme a mí mismo dentro de los zapatos del irregular y matar dicha etiqueta para siempre.

Categorizarlo, entonces, como otro posible y calzarle un nombre propio para darle su propio espacio entre todo lo demás.

Aquí es donde, desde la perspectiva del reinicio, las cosas cumplen un

objetivo a cabalidad.

La falla, tal y como se dijo en algún momento, debe ser reparada, debe ser erradicada, debe desaparecer, pero no se trató de una falla y ahora es que –cabe resaltar– he entendido el porqué de su concreta reiteración.

Molière ha comprendido, querido lector, que hay áreas todavía inexploradas en cuanto a la tarea de la observación como ciencia humana.

Porque Molière, en su torpeza, ha creído haber reconocido una falla cuando, en realidad, se ha topado con algo mucho más interesante.

Me toca darme un reinicio también, por tarado.

Capítulo 6

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas principales.

Asunto: ‘Gánster americano’

Me ha dejado con las palabras resecas, con los pensamientos en blanco y un muy grueso nudo en la garganta.

Me tiemblan las manos mientras lo miro, mientras lo escribo, mientras lo recuerdo, mientras percibo aquel dolor ajeno como propio, porque el hombre que cae al suelo lo siento más familiar, más conocido, que al ya conocido hombre que blande un bate de madera entre las manos.

Desconozco el gesto de su rostro, todavía, pero no dejo de apreciar aquello que nos hace uno solo desde la distancia: es el mismo hombre, estoy seguro de eso, es la misma forma de caminar, la misma forma de sostener el cigarrillo entre los labios, la misma forma de estarse pétreo en una postura erguida, sombría como la noche en sí misma, pero es de día.

Y el hombre también es distinto, pero es el mismo hombre, estoy seguro de eso. Aquel que sostiene el bate y fuma, aquel que golpea, por segunda vez, al pobre diablo que yace en el suelo, es el mismo, aunque, en cierto, modo muy distinto, también.

Y exhala un puñetazo de agresivo polvo, de cenizas asesinas, de minutos borrados por la vida de un agente externo-interno que, parece, tener las bolas apretadas desde adentro: su vida parece no tener salida, sobre todo

ante aquel otro.

No está solo.

La figura del clásico gánster hollywoodense es la que representa esta versión, otra, de nosotros, de ti, Capitán Nicotina, porque no salimos de la oscuridad pesarosa del infierno humano.

Parecemos deambular, solamente, entre los macabros, entre los malvados, entre los demonios que devoran desdichas y pesares, que propagan desesperación y contagian la vida del mundano ser que nos corresponde, que nos caracteriza, de toda la mierda profana de la que tanto nos han enseñado a temer, a evitar, a complacer en silencio.

¿Entonces qué, Capitán amigo? ¿Qué opinas de los nosotros que deambulan tan cerca, tan próximos el uno del otro?

¿Qué opinas de las pocas vidas que proferimos desde el ser presente de este supuesto nosotros clarificado, de este supuesto estatismo observacional ante el que, pareciera, solo alcanzamos a vislumbrar lo que los ciegos prefieren evitar?

Porque me he preguntado tantas cosas sobre ti, Capitán Nicotina, cosas que no me explico cómo es que pueden, siquiera, permanecer, estarse, desaparecer, florecer y madurar, todo al mismo tiempo, todo en distintos renglones del presente-pasado que distan de nosotros a tan solo cuadras-metros-horas-minutos-segundos.

Me he preguntado también, desde que el viejo Augustus Defoe hizo acto de aparición luego de una vida ya perdida, respecto al yo-mismo que deambula entre aquellos probables que compartimos como, valga la redundancia, un probable: porque eres una prolongación probable de mí mismo, o tal vez yo sea un probable de ti, o tal vez somos la misma persona en dos puntos separados de una misma vida, de una misma realidad, de un mismo universo, de un mismo probable equivocado, en medio de una misma falla que intenta, que procura, que sopesa la presencia de una imperfección.

Me he procurado, desde que olvidé observar lo que debería observar, desde que me insté a solo prepararte para la completa acción del corroborar, del confirmar, del escrutar, del analizar, dato a dato, cerillo a cerillo, vestidura a vestidura, cada movimiento, cada palabra dicha, no dicha y por decir, cada premeditación, cada completa, absurda e improbable peripecia, aventura, desventura, acción, inacción o movimiento a cabalidad, a lo sumo, para hallarnos a nosotros mismos, Capitán Nicotina, y hacerle comprender, hacerte comprender, amigo lector, que las cosas que suceden ahí fuera suelen suceder también aquí adentro, entre estas paredes desnudas que habitamos tú y yo mientras

escribo, mientras me lees, mientras el Capitán ejecuta su próximo movimiento ante el pobre diablo que escupe sangre a borbotones por la boca.

Todo este sistema de acción, o inacción, que levita sobre tu nombre y te sostiene por debajo de los pies, Capitán Nicotina, es el mismo que me mantiene al filo del evento, de este y los anteriores y de los que le siguen y de los que le seguirán a los que todavía no han venido y así sucesivamente, de uno a otro, uno por uno, mientras el telescopio permanezca anclado a este ventanal en este último piso de este no tan lujoso edificio, mientras te miro, Capitán, asestarle un nuevo batazo, esta vez en la cabeza, al anónimo que, como tú, pertenece a un probable muy ajeno al hoy por hoy, solo porque es otro y no tú, no nosotros.

Entonces te envuelves en el frac negro, te devuelven tu sombrero, les devuelves el bate, le das la espalda al cuerpo inmóvil, al charco de sangre tibia, burbujeante, y desapareces tras la puerta de un sedán negro-con-negro.

Te alejas sin prisa alguna, nada ha sucedido, todo ha sido parte de la rutina: uno más que no ha cumplido, uno más que se ha querido pasar de listo, uno más que ha creído, que ha pensado, que ha tentado, que ha intentado, que ha fracasado, que ha perecido ante el castigo del bate de madera, en un terreno privado, un terreno sin dueño, un dueño sin nombre y un gánster al estilo americano que, llegada la noche, se apeará del sedán negro-con-negro y se perderá en la noche, hasta el otro lado de la ciudad, cruzará el puente que limita con otro condado y apelará al tacto de la noche, al silencio del momento, a la compañía de su persona, para fumarse una cajetilla entera mientras la hora ciega asciende y trasciende.

Capítulo 7

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: ‘Aparición’

Retomo mis notas antes de lo debido. Las retomo es por un simple cuestionamiento, por una simple y muy discutida probabilidad, esa que cita que existe una vida más allá de la muerte.

No soy un fanático del tema, ni nada parecido. Es solo una cosa que me ha golpeado, de un momento a otro, mientras degustaba, así como degusta allá lejos mi compañero irregular, un delicioso pitillo de Marlboro mentolado.

Al apartarme del telescopio, al desnudar uno de mis delicados cigarrillos y llevármelo a los labios, al encenderlo luego de joder tres cerillos, me topé con la figura de mi padre, tal y como cuando estaba con vida.

Ahí, de pie junto al marco de puerta que lleva a la cocina, estaba el viejo Augustus Defoe, mirándome como quien mira la desgracia.

Sé que nunca nos llevamos del todo bien, pero, a pesar de nuestras diferencias, terribles diferencias, él y yo hacíamos demasiadas cosas juntos. Pasamos demasiado tiempo juntos como para sentir algo más pesado que la molestia mutua de estorbarnos.

Pero esa mirada la conozco.

Esa actitud la conozco.

La misma que siempre ponía cuando deambulaba por ahí como un supuesto observador, invadiéndole sus deberes con mi intensidad de niño curioso, con mi afán de querer ser como él.

Porque nunca me vio como un posible Augustus Defoe, y aun muerto no puede hacerlo, no lo hace, no lo hará.

Entonces, amigo mío, hombre del puente, te hago compañía una vez más, y esta vez vengo muy bien acompañado.

Olvidemos los mentolados y saquemos la mierda buena que esperaba disfrutar el fin de una semana que no culmina nunca.

¡A tu salud!

Capítulo 8

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: ‘Desviación’

Nos topamos, tal vez, con un pronóstico errado, con una falla verdadera o con un posible acto desesperado del destino por devolverme la libertad, la independencia, y resguardarme, como debería, en mis asuntos, en mis notas, en mi acto privilegiado de observación.

Pero insisto en llevarle la contraria a todo, incluyéndome.

Sigo expectante.

Sigo implacablemente aferrado a esta silla, tras el mismo telescopio que solía usar el viejo Augustus Defoe, muy al pendiente de lo que podría no estar ocurriendo nunca, calle arriba, junto al poste de siempre, con el individuo de siempre, anclado, como siempre, a la mitad del puente.

Pero hoy lo que veo es tinieblas.

Hoy la hora ciega se ha quedado a solas conmigo, pues su cita no ha venido a acompañarla como acostumbra.

La habitación yace, a medias, vestida por el humo que dejo correr libremente de mis pulmones a medida que, en nombre de mi ausente amigo, empiezo a fumarme mi cajetilla de Marlboro.

Una sensación vacía me atosiga.

Su ausencia le ha quitado cierta adrenalina a mi estadía, le ha dejado un hoyo enorme a la emoción y, talándome el árbol desde el que lo veo todo, me siento caer súbitamente a un suelo también vacío.

Solo queda humo.

Solo encuentro humo.

Solo vislumbro humo y sombras.

¿Qué será de esta nueva discordancia? ¿Qué vislumbraré la noche siguiente, y la siguiente a esa, si mi amigo, el señor cigarrillo, no aparece tras la leve luz del poste?

Entonces volvería a observar al resto de los pedantes, al resto de los lunáticos, de los sádicos y morbosos que pueblan esta asquerosa ciudad, tan plagada de bajeza.

Volvería a ver a los maricones fornicar a simple vista en la boca de una calleja. Volvería a ver al jovencito que se toca mientras los mira a ellos en su acción. Volvería a enloquecer con la mujer de los juguetes o con la dama de las visitas intranquilas.

Volvería a ser testigo de los juegos del matrimonio del departamento de la otra calle. Ver al esposo en cuatro patas con un grueso consolador entre las nalgas mientras, muy sonriente, la mujer lo azota con morboso placer.

Cosas como esas, las menos sencillas, pero las más simples de mencionar, las que nunca se olvidan, las que se repiten más de lo que las miradas curiosas podrían siquiera soportar.

Y no los juzgo por nada, ni los juzgaré tampoco: cada pieza hace su labor en un tablero tan complejo como este.

Me desvío de aquello, no por faltar a mi misión, no por renegar de ella, sino por cuestión de aburrimiento.

A veces, por mucho que se diga y poco que se haga, es necesario llevar a cabo un acto de rebeldía coherente, un acto de desviación, un descarrilarse con la mente en acción y la idea clara de que será cosa de un momento.

Y mi momento se ha extendido por cosa de su extendida presencia, hoy,

repentinamente ausente.

Fallo así en mis intentos por volver a lo habitual, volver a las notas de todo cuanto se mueve, de todo cuanto respira, de todo cuanto cambia de lugar, de forma o color.

¿El señor cigarrillo me ha destituido del papel de ser su observador privado, su acompañante lejano? ¿Me ha despejado, entonces, el camino para seguir con mis notas, para continuar con mi objetivo verdadero?

¿Volverás mañana, señor cigarrillo?

¿Volverás el día siguiente?

Hay que esperar.

Recordatorio 3: "señor cigarrillo" no me parece un buen nombre. Necesita uno mejor.

Recordatorio 4: DEFINITIVAMENTE no debo llamarlo "señor cigarrillo".

Capítulo 9

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas sin número.

Asunto: ‘Hora ciega’

No ha sido en vano el esfuerzo, pero la necesidad tiene cara de perro, o eso dicen ahí fuera.

He optado por subirle un número a mi compra de este mes, hacer un gasto por encima del habitual y, ahora, llamarlo habitual.

Si mis matemáticas no me fallan, todavía, con estas tres cajetillas Marlboro añadidas a mi carrito de compras mensuales, no alcanzo a siquiera a rozar la mitad de mi income.
Entonces la hora ciega se celebrará como se debe, aunque no de la misma manera que lo hace el señor cigarrillo.

Insisto en no querer llamarlo de tal manera, pero, de momento, carece todavía de un nombre propio que le corresponda el peso de su propio y vago silencio, ese que intento compartir desde la distancia por el simple hecho de que, el sujeto, me sienta cómodamente con su tan impertinente reiteración.

Seguro pensarás, lector curioso, que ahora he empezado a contradecir mis palabras del principio. Pero no es así, al menos no del todo.

Si lo has olvidado, hemos podido confirmar a nuestro visitante como algo notorio y relevante, como un posible de mí mismo, muy lejos –evidentemente– de mi errónea teoría que lo tildaba de irregular, porque

no lo es.

A pesar del suceso, a pesar de la connotación pesada y drástica, formulada la noche anterior gracias a su repentina ausencia, hoy ha sido revelada la capacidad que esta vida posible, que este caballero de la noche, este maestro en el arte del fumar, tiene para sorprendernos (a ti y a mí, lector) al darse esa licencia repentina, esa ausencia propia, y reaparecer como si nada.

Porque ahí lo veo, al igual que las noches anteriores, envuelto en sus ropas negras, de pie junto al poste, abriéndose paso entre la nocturnidad y ese angosto pasadizo de luces fugaces.
Porque avanza, a media marcha, por el lomo de la serpentina figura de concreto y vigas antes de sembrarse en el lugar ya señalado.

Y no olvidemos la niebla.

No olvidemos la cualidad propia de este personaje, de este señor cigarrillo que se cubre, a partir de un silencio maquinal, con una niebla que brota de entre sus labios tras cada nuevo sorber del cigarrillo, como esperando borrarse entre lo tenue de la luz y lo denso de la oscuridad.

La hora ciega es nuestra.

Él con sus cigarrillos y yo con los míos.

Él con su mágica niebla y yo con mis traslúcidas nubes.

Él, con su mirada perdida hacia un horizonte que no puede compartir conmigo, y yo, con mi atención puesta sobre su completa inacción.

Ambos a la espera de un algo que sucede sin suceder nunca, a la espera de un hecho trascendental que apenas y equivale a un suspiro.

Y así andamos, él y yo.

El señor cigarrillo y su observador.

Él, resuelto en el mundo real, y yo tras la ventana, con el culo resuelto sobre una silla y la mirada atenta, siempre, en el vaivén de sus pasos lentos y su estatismo prodigioso.

¡Oh, señor cigarrillo!

¡Somos como seres de ficción! Somos un par de hombres sin otra cosa más que un puente –tú–, una habitación –yo–, y una colección interminable de pitillos de tabaco que podemos, una y otra y otra vez, reconstituir para ejercer, de nuevo, nuestro ejercicio, nuestro vicio,

nuestro querido acto de fumarnos la vida y volverla un suspiro de niebla, una bocanada de humo.

¡Oh, mi amigo, señor cigarrillo!

¡Somos como esos súper hombres de los cómics! Somos un par de hombres con la cualidad de estar en ninguna parte y compartirse la cercana soledad desde una distancia tangible.

Somos, a la vez, los distintos que son uno mismo, porque eres yo –de cierta manera– y yo soy tú –de otra un tanto ficcional–.

Entonces no serías, ni serás ya nunca más, el señor cigarrillo, porque eres algo más elevado, más grandioso y más elocuente que eso.

Eres también un súper hombre y, como tal, se te atribuye un súper nombre, amigo mío, Capitán Nicotina, porque lo mereces con las creces con las que me merezco el ser tu amigo de la silla.

Y así damos por inaugurada la noche, damos por culminada la hora exacta y nos plantamos ante la hora ciega, la hora en que el grandilocuente Capitán Nicotina se postra ante su escritorio y vislumbra los cambios de la vida, vigila el paso de las sombras para, luego, desaparecer al margen del nacer de la luz del sol.

Capítulo 10

NOTAS PRINCIPALES

"Las inmóviles aventuras del grandilocuente Capitán Nicotina"

Cuaderno I

"Las cosas que quedan a oscuras

siempre tendrán un porqué claro,

solo y únicamente, bajo la sombra"

Eustace Defoe

Bitácora de observación de "Molière"

Cuaderno de notas principales.

Asunto: 'Heroísmo'

Al otro lado del abismo, entre atisbos de duda y contemplación, entre elocuentes silencios y mudas palabras, ahí yace el hombre del momento, la figura del siglo.

¡Oh, Capitán Nicotina! Quién pudiera desplazarte del silencio que te arropa entre las sombras. Quién pudiera iluminarte el sendero hacia la eternidad y volverte, de entre todos los hombres, un Dios.

Así damos inicio a tus aventuras inmóviles, a tus múltiples y variopintas posibilidades, esas que viajan contigo durante las horas despiertas bajo el

calor de un terrible sol en el día para, luego, reflexionar sobre la existencia misma durante la hora ciega, conmigo a la distancia, contigo en el umbral de los muertos, conmigo –todavía– en la silla, contigo –de nuevo– fumando.

Porque, al despertar, no luces la negrura que reviste tu piel. En tal caso, como muchos otros, deambulas por la habitación con la desnudez plena y la ensoñación todavía agujereada.

Porque duermes poco, o nada, para levantarte a horas imposibles, para vestir ropas imposibles, para salir a una vida imposible y ejercer un trabajo imposible en una oficina imposible con compañeros imposibles y un jefe imposible también.

Luego darás marcha atrás a tus pasos por aquellas veredas imposibles, saludando a pedantes insufribles, padeciendo un tráfico imposible, cansado ya de una vida como esa donde todo es imposible en cadena de sucesión.

Entonces vuelves a casa para desgarrar tu desnudez, nuevamente, y zafarla de aquella asfixiante vestimenta, cubrirla de la nocturnidad del momento y salir al mundo una vez más.

Te perderás, calle tras calle, en búsqueda de un sitio, en búsqueda de una cueva a la intemperie que soporte el tedio de un hombre sin aliento, de un hombre carente de sensibilidades, abrumado por la agonía de una repetitiva, frustrante y pedante legión de vidas que te suscitan el apellido que posees, la vida que posees, el destino que posees, que te guía.

El Capitán Nicotina salvaría su propia cordura envuelto entre las sombras, combatiendo a sus demonios diurnos con una dosis maldita de noche y cigarrillos.

Capitán, amigo mío, encontrarás la verdad de tus pormenores calada en el lomo de una serpiente de concreto y vigas. Y le harás compañía en las horas más lentas del día, en plena neblina, mientras te escurres los demonios del cuerpo.

En pleno acto de heroísmo, Capitán Nicotina, envuelto en su heroico traje, oculto tras su identidad secreta –que no es secreto para nadie porque nadie le conoce– prolonga el porvenir de los minutos ahogados bajo las horas, extiende el destino perdido de las horas prematuramente enterradas, vapuleará la verdad inquieta tras un silencio inhóspito y un abrumador ejercito de guerreros a tabaco: la caballería pesada.

Llegarían, de nuevo, un sol amarillo y un cielo claro y nuboso. Llegarían, de nuevo, el correr de las horas tras rugir el despertador. Se pondría de pie la desnudez de su cuerpo, desgastado por la agonía, para sofocarse

entre telares amorfos y sentirse, también, otro amorfo tras bastidores, otro patético y aberrante fenómeno de circo.

Le tocaría superar las horas diurnas antes de verse, de nuevo, envuelto por su propio nombre, por su propia estela.

Liberado, resentido hasta la muerte, pero libre de momento, el Capitán Nicotina volvería al puente para exorcizarse cuantas veces fuesen necesarias, cuantas veces crea convenientes, cuantas veces sienta en el alma que su cuerpo pueda resistirlo para, así, seguir viviendo la vida que le tocó sufrir.

Capítulo 11

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas principales.

Asunto: ‘Valeroso’

El hombre habla. El hombre que devora, muy grotescamente, un plato de pasta habla con la comida todavía en la boca. Parlotea sin cesar.

La mujer que lo acompaña asiente a cada cosa dicha, a cada opinión disparada a quemarropa, indolentemente, mientras lo ve atiborrarse de comida.

Penoso y patético el caso.

Tan bajo puede caer un nombre, amigo lector, como para merecer que no le llame mi amigo, pero, al parecer, aquella posibilidad está abierta sobre la mesa para nuestro súper hombre, nuestro grandilocuente Capitán Nicotina.

Un remedo de espanto.

Un remedo mal vestido de hombre que se rasca las bolas mientras come, que toma el tenedor con la misma mano y sigue, como si nada, ejecutando la acción de hundir el tenedor en la pasta y llevarlo, entonces, a la boca.

Un remedo nauseabundo, asqueroso, patético, de ser humano.

¿Qué lo lleva a destronarse así ante la mesa? ¿Qué lo impulsa a semejante y apasionado acto de bajeza y vulgaridad? ¿Qué ha hecho aquella mujer para merecer a semejante patán como compañero de mesa, de cama, de amores? ¿Le ha quedado amor a ese patético esperpento?

¡Háblame Capitán Nicotina, antes de lucir tus sombrías galas! ¡Háblame, compañero de la noche, y aclárame el porqué de tan vulgar existencia durante el día!

Y no me salgas, maldito pendenciero, con alguna de las tuyas, que lo que veo es lo que veo, sin remedio ni honores.

Porque te veo paseando en franelillas, con el cuerpo desnudo de la cintura para abajo, con la verga flácida bailoteando al compás de tus pasos sobre el suelo alfombrado y la mirada de la mujer, siempre baja, siempre temerosa, porque, al parecer, eres un come mierda sin retorno. Un maldito come mierda, insensible y bastardo.

¿Acaso me he equivocado en el revés de la historia? ¿Acaso me apresuré a dictaminar que somos, en entero, posibles?

¡Alguien como tú no debería ser siquiera posible, animal maldito!

Alguien como tú no debería estar, entre página y página, inscrito en los anales de mis lamentaciones. Pero ahí te veo, abofeteando a la mujer que llora en desconsuelo su amargura de tenerte inmerso en su vida.

Una mujer que llora mientras tu verga viaja dentro de ella, a la fuerza, porque la has tomado descuidada y le has arrancado la poca ropa que llevaba puesta.

¿Se puede caer tan bajo?

Quiero apartar la mirada, necesito apartar la mirada, insisto en apartar la mirada, pero vuelvo en retorno. Vuelvo los ojos hacia el posible que me da grima, que me causa un sentir de desprecio.

Y se me acelera el corazón cuando te veo salir por la puerta y la dejas sola, como un trapo sucio, tirado a la buena de su maldita suerte, porque ni eso tiene.

Valeroso el hombre que entre por esa puerta, que la tome entre sus brazos, que la saque de ahí todavía con vida y que te espere a la hora de regreso.

Valeroso el hombre que te parta la cara, Capitán Nicotina, y te haga papilla el alma, la carne y los huesos. Que te borre las facciones a patadas

y no te reconozca ni tu madre por los pliegues del culo.

Es entonces cuando apareces en la calle y te pierdes entre bares y putas mientras, todavía, brilla el sol a plena tarde.

Es entonces cuando entiendo que la mala vida no es una cosa sino una persona que marchita todo cuanto se le atraviesa, todo cuanto tiene al alcance de los ojos, de las manos y de la verga.

Entendí que las cosas, ciertas cosas, en su posible, pueden no ser de buen gusto para algunos –o para nadie– y que cualquiera puede tener, todavía, a pesar de cualquier cosa, un poco de sensibilidad en el cuerpo, en el corazón o en el alma.

Por eso prefiero, Capitán Nicotina, no fumar en tu nombre esta vez. No puedo hacerlo.

Capítulo 12

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas principales.

Asunto: ‘Ley y Justicia’

Entonces surge de las sombras. El mismo hombre que deambula por la noche que yo conozco, pero es diferente, siendo el mismo, se desliza como un suspiro nervioso por la vereda de la calle norte, en la avenida cuarta, cerca del bulevar de los pedantes enriquecidos con el sudor de los tarados.

El hombre que deambula en la noche temprana es el mismo que fuma a la hora ciega, en el pleno claro de la noche, pero es también distinto, muy distinto. El negro de su ropa es otro, así como es otro el caminar que lo conduce y el instinto asesino que transpira, que lo impulsa calle arriba.

Hay gente, todavía, en los alrededores, pero al hombre no parece importarle en lo absoluto. La resolución está calculada y las bajas serán las especificadas en su pensamiento mecánico: el arma surge de la chaqueta y destella ante la luz artificial que la rodea.

Un chasquido leve, primero, un eco hueco después, un estallido rápido al momento y el grito de una mujer al finalizar. Entonces cae un cuerpo al suelo y el gatillo vuelve a su posición para tirar de él, al menos, dos veces más. Luego borrará sus pasos calle abajo, volviendo por la misma senda que lo llevó a tal punto y, luego, desaparecer en la negrura.

La noche temprana, a pesar de todo, se presta para su trabajo, para sus misiones de vigilante justiciero, para su venganza personal contra los que

alguna vez le hicieron lamer mierda del suelo. Entonces, el negro que lleva sobre el cuerpo se torna distinto cuando reaparece ante la hora ciega.

Ése es el momento, Capitán, de tu proceso de angustia. Ése es el lugar, amigo vigilante, en que reposan tus ideas para, luego, decapitar, desmembrar, acuchillar, retorcer, fusilar, torturar a las pestes que pueblan sociedades tan infectas como la nuestra.

Porque desde la silla te veo y desde la silla sigo tus pasos, Capitán Nicotina, para verte llevar a cabo el trabajo sucio que los azules no pueden hacer por cosas de papeleo, trabajo que los azules no quieren hacer enserio porque no les interesa, porque siguen a la par de quienes, como a ti, Capitán amigo, torturan sin descanso y sin piedad.

Entonces deambulas por la noche temprana, abriéndote paso por las venas de una vida que se ha podrido hasta las bolas, que se ha dejado llenar de piojos hasta el culo y se rasca solo para olerse los dedos con morbosa y enfermiza satisfacción.

Ahí es cuando entras, compañero vigilante, hombre de acción y justicia, y aplicas la mano de la ley que se ha vuelto ciega, porque tampoco quiere ver lo que se desvanece en los anales de la vida contemporánea.

Porque se divierten con putas, drogas y alcohol mientras, al otro lado de la calle, en el piso cinco, apartamento 7B, tres hombres violan a una joven no mayor de dieciséis.

Se atiborran de comidas y fiestas mientras el joven cura de la iglesia de la segunda avenida se queda a solas, al menos, tres veces por semana, con jovencitos que no superan los doce y que tienen que aguantarse la verga del cura dentro de sus cuerpos todavía inmaduros.

La ley se ha vuelto tan ciega y puta como la justicia. Solo saben disfrutarse, y tú lo sabes Capitán, la plata que le extirpan a los oprimidos mientras estos tienen que comer mierda, mientras estos deben aguantarse las agresiones de los que no tienen madre, mientras estos deben sobrevivir con la verga de alguien más en el culo, o en la boca, y esperar amanecer vivos la mañana siguiente.

Ahí es cuando, Capitán Nicotina, cumples con tu palabra de súper hombre. Y todo antes de fumar.

Capítulo 13

Bitácora de observación de “Molière”

Cuaderno de notas principales.

Asunto: ‘El mal’

Se persigna. El hombre que viste de sotana se persigna ante la congregación de feligreses que, lentamente, cruzan el umbral de la puerta grande, la de madera, esa que adorna hermosamente la iglesia.

¿Es acaso posible que se trate de un hombre de fe? ¿Era acaso probable que hablásemos, ahora, de un hombre ungido en el dogma de un todopoderoso señor que no existe?

La incredulidad del que nada cree es la mejor de todas las diversiones, la mayor de todas las sorpresas también.

Entonces, amigo mío, lector mío, has de comprender que estamos en terrenos enemigos. Que pisaremos la mierda que a dios le concierne, porque es su casa, mientras nadamos entre creyentes hipócritas y viejas del mal vivir ajeno.

Porque de todo hay en los campos del señor, sobre todo asesinos y violadores, más que nada corruptos y traficantes, no olvidando a políticos y pederastas.

¿Qué haces ahí Capitán Nicotina, vestido de santo, parloteando y parloteando sobre purezas ajenas a lo humano y castigos post-mortem, si el infierno yace ante tus narices y los demonios se deleitan con sus faltas

bajo el techo de tu omnipotente señor?

¡Sal de ahí!

¡Arráncate esas marcas del cuello, brazos y espalda!

¡Despójate de esos colores malignos que la iglesia ha manipulado para impregnar de mierdas moralistas, pasadas de siglo, y abre los ojos de una puta vez para que encuentres tu salvación, la verdadera salvación, al olvidarte de cuantas mentiras has predicando tras esas puertas!

¡Sal de ahí, Capitán!

¡Sal corriendo con las bolas al aire y la verga tan dura como una piedra! ¡Sal ya, sal disparado hacia cualquier horizonte donde tu desnudez no sea un pecado, porque eres hombre, porque eres humano, y la adrenalina está sobreexcitada revoloteando cada parte de tu cuerpo!

¡¿Pero qué veo?!

¡¿Qué haces?!

¡¿Qué coño haces Capitán?!

¡Bastardo maldito!

Y es que lo probable hace de las suyas mandando a la mierda hasta a los más santos, porque de santos no tienen ya nada.

No lo digo por mi falta de afecto hacia religión alguna (porque no sirven para nada), ni lo digo por mi tan especial aberración hacia el sacerdocio: no se trata de ello, pero solo en parte.

Se trata de lo que veo, de lo que ocurre, de lo que se desencadena a espaldas de todos, a pesar de que están mirando cuanto ocurre en las inmediaciones de sus propias y laboriosamente caducas vidas.

La traición, amigo lector, me hiere, una vez más, ante lo que el probable de mí mismo puede llegar a hacer, ante lo que sé que podría estar haciendo en estos momentos en otra vida, que no es esta, pero que también es mía, sin ser yo del todo.

Y me siento traicionado por mí mismo, entonces, porque el sacerdote hace de las suyas cuando nadie se queda, cuando todos se van, cuando los jóvenes vienen en busca de una ayuda espiritual y lo que reciben es un depravado coctel de verga jesuítica y un baño con la leche de dios.

Porque el Capitán Nicotina me sigue hiriendo con sus vidas bajas, con sus inhumanas maneras de dejarse ser, con sus contradictorias formas de ser el mismo anti-cristo que tanto aborrecen esos patéticos curitas vaticanos.

¿Acaso no merecemos el Capitán Nicotina y yo un posible menos amargo y menos maldito?

Dímelo, amigo lector, con tus ideas de diminuto mundo, de diminuta mente, de vasallo servicial.

Dímelo, con una maldición atravesada entre palabras, y hazme saber que soy medianamente digno de un destino menos manchado, menos temible, menos terrible.

¿Qué he hecho Dios (aparte de despreciarte, negarte y renegarte), como para que te atrevas a sacudir a tu siervo (aquel posible otro yo) y empujarlo a la tan baja y bastarda lumbre de entremezclarse con jovencitos?

¡Y no me vengas con tus cuentos del diablo, de los demonios y del mal! Que sabes que no existe infierno alguno, porque vivimos en él. Sabes también que no hay paraíso, que no hay una eternidad más allá de esta vida: solo olvido, vacío y eterno desprecio.

Entonces me toca fumar con mayor desconsuelo al verlo, mientras se agota el día, perderse entre las calles, mezclarse entre la gente y hacerse el santo que no es para solventarse el pecado de tocar a esos seres, todavía puros, todavía santos, santos de verdad.

Y lo saludan los mismos muchachos, como si nada, a pesar del mal, a pesar del pecado, a pesar del delito. Lo saludan, se despiden, le sonríen. Piden consejos fugaces o apartan la cita para uno el día siguiente.

Entonces me queda claro: no queda ya pureza en el mundo. No queda ya infancia. Y a ti, Padre Nicotina, te dedico un hasta nunca, con absoluto desprecio.